



MEDITACIÓN DE LA Balsa de la Medusa

Una contemplación contra la exclusión

Una meditación sobre la exclusión

Proponemos una meditación en torno al célebre cuadro de Théodore Géricault, *El naufragio de la Medusa*. Fue pintado en 1819, tres años después de los trágicos sucesos, como una metáfora que denunciaba la situación socio-política francesa, pero también fue su intención plasmar la irreductible resistencia de la esperanza y de la dignidad humana incluso en casos de injusticia extrema como el del episodio que relató.

Proponemos una meditación que aplique la metáfora de Géricault a la situación de la exclusión social hoy en día. Vamos a ir desgranando los hechos y muchos de sus detalles, que tienen una gran carga simbólica. Las metáforas nos ayudan a entender

mejor la realidad. En realidad, no sería tanto una metáfora como una serie de acontecimientos que revelan una estructura social determinada. Muchas de las vidas de las personas con las que convivimos, que sufren exclusión, si las conocemos en profundidad, proporcionan también una historia que podría convertirse en una metáfora de nuestro tiempo. Proponemos una meditación. Leer despacio este relato e ir explicitando qué significado puede tener el conjunto y los detalles en nuestro mundo de hoy. Decía John Lennon que si cada persona meditara cinco minutos al día nuestro mundo cambiaría. Hagamos silencio alrededor de este relato y dejemos durante un rato que nos dé una imagen del que Oscar Wilde consideraba el mayor misterio de la humanidad: la exclusión social.

Posiblemente esta meditación sería un buen modo para comprender el significado profundo que tiene el Rincón del Encuentro en medio del océano de naufragios de nuestra sociedad.

1. El proyecto de recolonizar el mundo

Primavera de 1816. París -toda Francia- yacía derrotada por el hundimiento de la ambición del imperio napoleónico, y ahora estaba en manos de coronas, aristocracias y voluntades corruptas. El periodo de la Restauración había comenzado su singlatura y las potencias europeas comenzaban una nueva ola de colonialismo por todo el planeta intentando construir imperios que una y otra vez chocarían entre ellos, hasta llegar al horror de la Segunda Guerra Mundial. Pero ese imperialismo no sólo se cebaba contra los pueblos del mundo sino que también castigaba a los propios ciudadanos de cada Estado, que sufrían un nuevo periodo de represiones y un estado de progresivo empobrecimiento. Contra ellas se alzó un ciclo de revueltas burguesas y alzaron su voz en Francia Víctor Hugo, Zola o Balzac.

En el conjunto de ese plan para restaurar el Antiguo Régimen absolutista y el nuevo colonialismo, en Francia, el gobierno de su majestad había planeado recolonizar Senegal. Para eso nombró un nuevo gobernador para Senegal, un capitán de la ciudad portuaria de San Luis y se encargó al Ministro de marina la organización de una expedición que retomara los derechos de Francia sobre dichos territorios. Se orga-

nizó una delegación que tenía por misión reivindicar la antigua colonia del Senegal. El Ministro de la Marina Du Bouchage encargó a un amigo personal, el aristócrata Chaumareys, capitanear una nave, La Medusa, que, acompañada por otras tres naves de apoyo, encabezaría el convoy.

La Medusa era una antigua fragata de guerra a la que habían quitado los cañones para adaptarla a funciones de transporte. La expedición a Senegal estaba encabezada por La Medusa, seguida por otras tres embarcaciones: la corbeta Écho, el bergantín Argus y el transporte Loire. El Ministro de la marina enviaba en la fragata todo un pueblo dispuesto para reconstruir la civilización en la

colonia en la capital senegalesa de San Luis, en la desembocadura del río Senegal. Embarcaron en La Medusa a un contingente de soldados de bajo rango y a un nutrido grupo de pobladores formado por agricultores, herreros, constructores, maestros, ingenieros, etc., junto con sus familias. El grueso del pasaje eran esos soldados, entre los que había italianos, españoles y hombres descendientes de africanos subsaharianos reclutados por Napoleón.

El gobernador y un grupo de favoritos iba en la fragata, entre ellos un nefasto personaje llamado comandante Richefort, nombrado capitán de San Luis y que sería por su impericia y arrogancia el

responsable material de que la nave embarrancara. El Gobernador embarcó en La Medusa junto con su esposa y su hija, portados por lacayos de librea que les transportaban sentados en sillas doradas. El pasaje de La Medusa alcanzaba las doscientas cincuenta personas. La distribución interna del buque era tan desigual que había una gran cantidad de pasajeros sin camarote, que se veían obligados a dormir en la cubierta ateridos por el frío. Mientras, los pasajeros de mayor rango disfrutaban de cómodas estancias. La fragata en sí, era una alegoría de todo un pueblo.

Conocemos el relato con minuciosidad gracias sobre todo al testimonio de dos de los excep-



cionales supervivientes de la Balsa, el cirujano Henry Savigny y el cartógrafo Alexandre Corréard. Savigny había emprendido un diario para dar cuenta de la travesía, que le sirvió para llevar exacta cuenta de los numerosos detalles de la tragedia. El primer signo que presagió el desastre lo sufrió un niño. A la altura de Finisterre la incompetencia del capitán y la inmoralidad del gobernador habían provocado, con una violenta maniobra, la caída de un niño al océano y luego no supieron ni quisieron hacer las maniobras suficientes para rescatarlo. Ni las naves que acompañaban a La Medusa podían ayudar, ya que hacía tiempo que las habían perdido de vista y no navegaban juntos, sino que

La Medusa fue llevada a la mayor velocidad posible rompiendo la flota.

Los poderosos de La Medusa mostraban una arrogancia tal que no atendían a más razón que las propias y estaban dispuestos a hacer una demostración de su dominio. Eso condujo al desastre a una nave, la Medusa, que ya de por sí tenía todas las condiciones para que un naufragio provocara una tragedia: despotismo de los mandos, sin botes salvavidas que garantizaran la vida de todos, un barco en el que la mayoría iba hacinada, etc. El estuario del río Senegal no es un paraje hostil

para la navegación, pero tiene una serie de riesgos que hay que saber evitar. Entre ellos, unos bancales que sobresalen en medio del océano, de blancas arenas que forma el viento traídas desde el desierto, en los que, si uno arriesga demasiado acercándose, puede quedar varado. Uno de ellos es el banco de Arguin, a veinte millas de la costa. Ensimismados por su orgullo, sin atender a las voces de los técnicos y el



temor de los pasajeros, el gobernador, el capitán y sus amigos embarrancaron la fragata contra el arenal atlántico de Arguin, frente a la desembocadura del río Senegal. Aunque el tiempo era magnífico y no había justificación alguna para haber llevado la fragata contra las arenas, era el peor momento del año para embarrancar porque era la estación de aguas vivas, el equinoccio de primavera.

Los mandos no sólo se hicieron sordos a los reproches, sino que intentaron culpar a todos menos a ellos. Lo primero que ordenaron fue organizar el

salvamento del gobernador y sus favoritos. Fue entonces cuando se hicieron conscientes de que había tan sólo cuatro botes salvavidas.

2. Echar un cable o cortar amarras

Enseguida se manifestó el conflicto: eran doscientos cincuenta pasajeros y en cada bote sólo cabían unos cincuenta. ¿Qué harían con los cincuenta res-

tantes? Los técnicos propusieron soluciones como que los botes fueran por turnos hasta la costa volviendo a por pasajeros hasta salvarlos a todos, pero no fueron escuchadas. El gobernador, el capitán y sus favoritos decidieron no arriesgarse a que se hiciese de

noche, sino que se construyera una balsa y los cuatro botes la remolcaran hasta la costa. Comenzaron a distribuir al pasaje en los botes. Los llenaron con pasajeros ordenados de mayor a menor categoría hasta que ya no hubo más sitio. Pero no faltaron cincuenta plazas porque la distribución fue desigual. Los cuatro botes de salvamento eran de distintas calidades; a mayor calidad, menos pasajeros. En el primero, un esquiife capaz de travesías oceánicas, aunque había mucho espacio, montaron sólo el gobernador y su familia, junto con sus lujosas pertenencias y catorce remeros.



agua a los muslos. Tenían que agarrarse unos a otros para no caerse, "como borrachos en danza", escribe Arabella Edge. Ni siquiera

En el segundo bote, una pinaza, también transoceánica, dispusieron una defensa de veintisiete marineros escogidos encabezados por el capitán y los suyos, protegiendo la barca del gobernador. En la tercera embarcación iban unos cincuenta pasajeros distinguidos. Finalmente, en la cuarta otros cuarenta y cinco pasajeros con la categoría suficiente para lograr esa posición, pilotada por un sobrecargo de la fragata. En total, ciento cincuenta personas –el sesenta por ciento del total– quedaron sin lugar.

Los mandos ordenaron al carpintero de La Medusa –Lavillette– hacer una balsa usando los mástiles, cuerdas y tablas de la fragata malograda. A media tarde comenzaron a montar a la gente en los botes primero y en la balsa después. En su relato, el cirujano Savigny denunció el sarcasmo que supuso que el gobernador fuera la primera persona en abandonar la fragata y fuera arriado con honores sentado en un sillón de terciopelo rojo.

La balsa se mantenía a duras penas a flote. El peso de los ciento cincuenta naufragados provocaba que a todos ellos les llegase el

contaban con la más mínima barranda. Los maderos de la balsa no cesaban de crujir. Hubo un conato de rebelión cuando un grupo de ellos se echó sobre el capitán, pero la barca de marineros escogidos disparó sobre ellos obligándoles a retroceder.

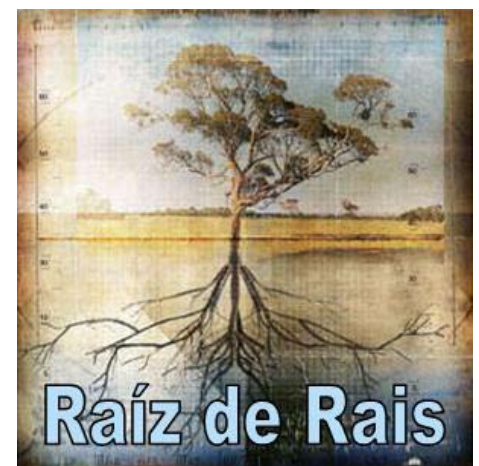
Comenzaron a remar para remolcar la gran balsa pero al poco surgieron las dudas. El esquife del gobernador no podía ir a la velocidad que imprimían sus veleros, ante la impaciencia del gobernador, quien indicó que se cortara el amarre con la balsa. En consecuencia de la tensión, al soltarse, "el esquife salió disparado hacia delante como saeta arrojada por una catapulta." La pinaza, al ver que el gobernador se libraba de la balsa, hizo lo mismo cortando cabos. Los otros dos botes comenzaron a tener miedo. Por una parte no querían perder el rumbo de las dos embarcaciones principales y, por otro, comenzaron a tener miedo de que los náufragos de la balsa tiraran de las cuerdas hacia ellos, les abordaran trepando por las cuerdas o simplemente nadaran hasta ellos y tomaran las barcas. Era el final de la tarde y la noche estaba próxima y temieron que no

pudieran salvarse en la oscuridad. No creían que pudieran salvarse todos, sino que tenía que valerse cada uno por sus medios, tan distintos si veíamos a unos y otros pasajeros. Así que presionaron a las autoridades de cada bote hasta que finalmente se cortaron y soltaron todos los remolques que les unían a la balsa, dejándola a la deriva.

3. La condición humana sin condiciones

Al comienzo los náufragos de la balsa se quedaron quietos creyendo que las primeras barcas habían avistado un buque al que avisar para que vinieran a salvarlos. Nadie soltó el menor grito cuando se cortaron todos los cables que se habían echado. La mayoría del pasaje estaba en medio del océano abandonado por aquellos en cuyas manos habían confiado su viaje. Incluso al que había mandado construir la balsa, el carpintero Lavillette, que creía que iba a ser recompensado aunque fuera con un pequeño puesto en uno de los botes, fue también abandonado a bordo de su obra.

Los náufragos, helados de frío, no podían sentarse. La proa de la balsa en ningún momento salió



a superficie. Un trozo de mástil se quería que sostuviera una raída vela, pero ni uno ni la otra pudieron hacer nunca su función.

A lo largo de la primera noche lanzaron una suerte de bengalas y algunos incluso creyeron ver que se acercaban a la costa donde los otros tripulantes habían encendido hogueras para guiarles, pero la verdad es que la balsa estaba siendo alejada por las violentas corrientes del equinoccio expulsándola progresivamente mar adentro. Esa primera noche desaparecieron entre las crecidas olas sin dejar rastro alguno treinta de los pasajeros, especialmente los más débiles: mayores, mujeres y niños.

Durante la segunda jornada de naufragio, varios se suicidaron desesperados arrojándose al océano. Un grumete llamado León, de doce años, perdió por accidente en medio de la marejada, la brújula que usaba el cartógrafo para orientarse. Quedaron, pues, a la deriva, sin cartas de navegación. No les dejaron ni el ancla de la Medusa. Perdidos sólo a la guía del Sol por el día y por la noche confiados únicamente ya a la estrella polar.

A bordo de la balsa se habían trasladado desde la ensenada de la antigua fragata toneles con agua, comida y vino, pero fueron perdiéndose bajo la violencia de las olas. La segunda jornada, un grupo extenso de náufragos decidió beberse un tonel de vino. Borrachos, aturdidos, fueron cayendo por la borda, atacando a otros pasajeros y poniendo en peligro a la propia embarcación. Hubo también un grupo de soldados que se conjuraron



y quisieron autodestruir la balsa hundiéndola para poner fin al sufrimiento colectivo. Otro grupo se opuso y lucharon con mosquetes y hachas hasta aplacarlos. Varios murieron víctimas de esa pelea causando una gran sangría que atrajo a un abundante grupo de tiburones. Así llegó la segunda noche, que fue más agitada que la anterior. Los tabloncillos se iban soltando conforme las olas golpeaban la balsa y se formaba una trampa mortal, ya que algunos pasajeros metían la pierna hasta la ingle entre los maderos rompiéndola o con tal presión que no se les podía sacar. Así, se gangrenaba y morían. Algunos convencieron a otros pasajeros para que acabaran con su vida y su agonía. Amanecieron sólo sesenta náufragos vivos. El día anterior y la propia noche, la lucha entre ellos y el ataque de los tiburones, habían doblado el número de víctimas y se habían llevado a sesenta almas más que sumar a las treinta de la primera noche.

Bajo el Sol de la mañana, el grupo de los amotinados fue cobrando la razón poco a poco y al ver

todos los irreparables daños que habían causado, se lamentaron con lágrimas y cayendo de rodillas en medio de la balsa semihundida, justificándose por haberse dejado llevar por el pánico, enajenados sin saber qué era lo que hacían. El cirujano Savigny y el cartógrafo Corréard fueron acercándose a los amotinados uno a uno perdonándoles y consolándoles con el argumento de que habían enloquecido por un estado febril. Fueron tirando al mar los cuerpos de los que todavía estaban en la balsa ocultos bajo el nivel del agua. Se pusieron en pie en el centro de la balsa y rezaron un responso por cada uno de los que ya había sucumbido al naufragio.

Alguna gente ya no se sostenía en pie y se ponían en cuclillas, llegándoles el agua por encima de la cintura. Por otra parte, al ser tantos menos la balsa lograba flotar mejor aliviando algo. No obstante, el estado del oleaje y la precariedad de la balsa no permitían que la ropa secase.

La cuarta noche descargó una intensa tormenta contra la balsa, en medio de la cual parte de la balsa



se descoyuntó. Nadie era capaz de prestar atención al que tenía al lado, poniendo todas sus fuerzas en tratar de permanecer agarrado a los maderos de la balsa.

El quinto día trataron de pescar elaborando unos ingeniosos anzuelos con las insignias de los soldados, pero los sedales se liaron. También trataron de pescar un tiburón con una bayoneta, pero un enorme escualo se la tragó y se perdió en las profundidades. Contaban con una mínima reserva de vino y habían administrado incluso la orina que les permitía mantener a raya la sed, pero al quinto día, la desesperación del hambre provocó que algunos comenzaran a aprovechar la carne de algunos de los caídos. Otros se negaron a tal práctica y se comieron la ropa y el cuero de sombreros y cinturones. Esa noche los ánimos estaban derrotados y el ingenio vencido, y pasó sin incidente alguno. El remordimiento de varios amotinados provocó que lanzaran sus armas al océano liberándose de ellas y quedándose de rodillas apesadumbrados sobre la superficie. Algunos de los que habían

caído en el canibalismo también se desplomaron moralmente llorando entre lamentos toda la noche. El grupo estaba totalmente derrotado, adentrado en la desesperación.

4. La amenaza de las medusas y el milagro de los peces voladores

El sexto día trajo un regalo a los náufragos: un banco de peces voladores apareció sobre las olas y pasaron por encima de la balsa pudiéndose atrapar a muchos de ellos, los cuales almacenaron en un barril.

Por la noche el estado del mar dejó que algunos, saciados con los peces -aunque devorados crudos- pudieran dormir y soñar algunos ratos largos. Me recuerda aquellas palabras que Sam Savage puso en boca del roedor protagonista de su novela Firmin: "El mero hecho de masticar y tragar algo, aunque no alimento el cuerpo, nutre los sueños. Y los sueños de comida son como cualquier otro sueño: puedes vivir de

ellos, mientras no te mueras."

La séptima jornada y su noche volvieron, en cambio, a sufrir un mar violento y murieron treinta personas más. Ya sólo quedaban veintisiete náufragos y la actitud era de desesperada supervivencia. Pero todavía había quien mantenía cierta autoridad como muestra el siguiente episodio sucedida durante ese día. Dos soldados engañaron al resto ingeniándose las para beberse a hurtadillas parte del poco vino que quedaba y se racionaba severamente. Tanto habían tomado que les habían dejado sin posibilidad de sobrevivir, aunque, también era cierto que lo que quedaba les hubiera dado para apenas cuatro días más. Ahora sólo tenían para dos días. Los dos soldados fueron ejecutados al momento y arrojados sus cuerpos al mar. Aunque la balsa estaba naufragada más allá de toda ley y civilización, todavía un núcleo luchaba por mantener el sentido de justicia hasta el final. El cirujano Savigny estuvo hasta el último momento atendiendo a los heridos y supervivientes si bien no para curar, sí al menos para frenar el empeoramiento o tratar de evitar el sufrimiento terminal. Por la tarde un banco de medusas barrió la superficie de la balsa hiriendo insoportablemente a varios de los náufragos. Ya cualquier desgracia hundía lo poco que quedaba en pie en muchos de los náufragos, dejándose ir y morir. El carpintero Lavillete acunó en su regazo al grumete León consolándose hasta que al final murió y fue arrojado al sueño del mar.

El octavo y noveno día la resistencia de los cuerpos quebró. La gangrena, la



tia. Pero en esta ocasión era realidad, avisó a sus compañeros, que se subieron por los barriles formando una

dehidratación, la insolación o el frío que se habían llevado a muchos de sus compañeros, hacían insoportable la vida de los más fuertes. La destrozada vela fue arriada para hacer una tienda de campaña que protegiera del Sol a los últimos supervivientes. Habían escrito en un precario papel un breve relato de lo sucedido y lo clavaron en el mástil de modo que si no se cumplía su última esperanza de ser rescatados, lo sucedido pudiera llegar a manos de alguien que lo diera a conocer al mundo. El décimo día sólo quince personas sobrevivían en la superficie de la Balsa de la Medusa.

La mayor parte yacía bajo la lona con que improvisaran una guarida, pero había algunos que no habían visto vencida sus últimas esperanzas y oteaban el horizonte. No sabían que nadie les buscaba. De pronto uno de ellos –Thomas, uno al que llamaban el Timonel- creyó otear en el horizonte un mástil. Dudaba si sería un espejismo. En distintas ocasiones había creído distinguir barcos en la lejanía pero sólo eran engaños del deseo o de la angus-

pirámide. Quitaron la lona y la agitaron en lo alto. Era el mástil de la nave Argus, que volvió a desaparecer en el horizonte para desesperación de todos. Pero desde la torre de la Argus habían avistado la destrozada vela. Era el bergantín Argus, que, muy alejado del resto de la flota, navegaba rumbo a Senegal. Orzaron hacia la balsa y les fueron rescatando uno a uno, dejando la balsa a merced de las corrientes, dirigiéndose hacia el centro del océano, a orillar a no sabemos dónde. Pero seguro que a alguna tierra llegaría aquella nota clavada en el madero. Thomas, el Timonel, que había desempeñado tal oficio por última vez en la fragata, había luchado en los principales campos de guerra de Europa pero testimonió más tarde que en ninguna batalla nunca había visto nada tan extremo, cruel e inhumano como aquella tragedia.

5. Sin testigos

Tras diez días a la deriva, sólo quedaron quince supervivientes pero ahí no acabó su suplicio porque la mayoría de ellos mu-

rieron poco después de la tragedia. Cuando les desembarcaron en la capital senegalesa, San Luis, fueron ingresados en un hospital, a donde acudieron enseguida los oficiales franceses a tomarles testimonios que intentaran exculpar a las ya instaladas autoridades del gobernador, el capitán de puerto, el capitán de la fragata y el resto de los tripulantes que les abandonaron. Reducidos a la mínima supervivencia tras la salvaje experiencia vivida, engañados, chantajeados y amenazados, casi todos firmaron excepto algunos que, incluso en sus extenuadas condiciones, escaparon del hospital por miedo a aquellos que ya les habían lanzado a la muerte en una ocasión.

Alguno logró embarcar en otras naves de vuelta a París. Alguno como Thomas, el Timonel, escaparon tierra adentro y recorrieron los desiertos hasta cruzar por el Estrecho de Gibraltar de nuevo a Europa.

Cuando Savigny llegó a París, publicó en el Journal des Débats su testimonio del naufragio –que luego constituirá parte del prefacio del libro que publicará sobre este suceso junto con el cartógrafo Corréard-. En dicho texto da cuenta como “No hay en los anales de la Marina ejemplo alguno de un naufragio tan terrible como el de la fragata Medusa. En medio del más cruel de los sufrimientos imaginables, tomamos la solemne resolución de poner en conocimiento del mundo civilizado todos los pormenores de nuestra infortunada aventura, si es que los cielos tenían a bien permitir que volviésemos a nuestra nación. Nos convencimos de que habríamos faltado a nuestro deber, para con nosotros mismos

y para nuestros conciudadanos, casi de haber relegado al olvido hechos que el público tenía que conocer.”

La reacción de la corte y el gobierno, al haber fracasado en su intento de acallar todas las voces, fue violenta. Atacaron a Savigny difamándole para destruir la credibilidad de su relato, acusándole de difamación. Hicieron que perdiera su empleo, se arruinara y le hostigaron con la policía secreta hasta que tuvo que esconderse haciéndose invisible.

6. La vocación de Géricault

Théodore Géricault había vuelto el verano de 1818 de una larga estancia en Italia. Está en un momento crítico de su vida. No sabe a quién tiene que servir con su pintura. El encuentro con el desastre de La Medusa cataliza

todas sus potencialidades y le cambia la vida. Desde el primer momento capta totalmente su atención. Tanto, que quiere conocer a los supervivientes ahora naufragados en el océano de París. Su entorno le anima a que un hombre acomodado como él y con una familia distinguida, se dedique a pintar a los poderosos para lograr fama y prestigio. Pese a que le desaniman para que desista de su interés por entrar en contacto con estos naufragos para conocer en primera persona los acontecimientos, se echó a la calle a buscarlos, los encontró y les ofreció alojarse en su propia casa en Montmartre, donde residieron una larga temporada hasta

que finalizó el famoso cuadro. Su intención era realizar una serie de bocetos y estudios “para un óleo que revele, de una vez por todas, la verdad sobre su terrible experiencia”. Géricault localizó incluso al carpintero de la balsa, Lavillette, y le hizo reconstruir parte de ella en los treinta metros cuadrados que tenía su estudio de Montmartre.

Arabella Edge explora con profundidad el proceso interno de Géricault y supone en su mente el



siguiente pensamiento: “si quería dar forma a la médula de aquella experiencia, lo primero que debía hacer era comprenderla, y cuando llegase el momento de elaborar el cuadro definitivo, habría de pintarlo como si también él hubiera sido testigo, sobrevivido al naufragio . Necesitaba conocer la historia completa, la verdad desnuda; pero en aquel momento empezó a considerar que ésta bien podía hallarse en otro lugar, fuera de su alcance: en el murmullo de otras voces que mudaban, se detenían y volvían a empezar, y encontraban su eco en los mansos susurros de la mar; acaso en los relatos de los muer-

tos, arrastrados a través de las incesantes mareas de las profundidades. En consecuencia, cabía pensar que también él podía estar implicado en la suerte de cuantos habían perecido a bordo; tal vez había sido elegido, de un modo u otro, para ofrecer testimonio de parte de los vivos y de los muertos .”

Géricault se plantea varios enfoques para plasmar el acontecimiento. En una primera idea,

buscaba presentarles como héroes para poner de manifiesto la miseria moral de lo gobernantes. También pensó en pintar la escena de la lucha entre los amotinados alienados que querían autodestruir colectivamente la balsa y el grupo de defensores. Pero pensó que era mostrar a los naufragos como culpables, criminalizarles de su desgracia y no des-

velar su verdadera naturaleza de víctimas. Trató de hacer una metáfora política, pero se dio cuenta que convertirlo en un manifiesto ideológico le impediría comprender realmente la historia real de lo que ocurrió, incluyendo no sólo el heroísmo sino también la tragedia de lo más oscuro de la condición humana. Otra opción sobre la que realizó borradores fueron los actos de canibalismo, pero la descartó porque le pareció que, lejos de mostrar la condición humana y el sufrimiento por aquella injusticia, deformaba grotescamente la realidad desnudándola de la también presente experiencia de supervivencia, solidaridad, heroísmo,



resistencia y profunda humanidad que también estuvo presente en medio de tal tragedia.

En la novelación de Edge, el cirujano Savigny dice a Géricault: "Quien observe el cuadro necesita tomar parte en nuestro sufrimiento." Pero el pintor le dice al cirujano que lo que ha pensado finalmente plasmar es el momento en que los supervivientes ven el mástil del Argus, la nave que toma el nombre del antiguo Argos que, capitaneado por Jasón, encontró el Vello de oro. En vez de exhibir un cuadro trágico de dolor, prefirió retratar el anhelo que residía en el fondo de cada uno de los supervivientes, en sus actos de lucha por la vida, en sus actos de abnegación, de resistencia, de mantenimiento de la dignidad humana más allá de las más extremas condiciones. Géricault realiza un cuadro en el que una pirámide de supervivientes avista en el horizonte un mástil de un buque, el mástil de una esperanza que comienza a asomar y que hace salir del fondo

de casi todos los más escondidos ánimos. Otros, en cambio, son pintados incapaces de salir de su dolor. El cuadro fue terminado en 1819 y recibió una distinción pública de un régimen que, finalmente, había enjuiciado al capitán y depurado responsabilidades.

Ésa fue su opción, pero hubo otros pintores que optaron por mostrar los otros aspectos que Géricault descartó. Cuando Géricault expone su cuadro en Londres, el éxito no fue suyo sino

de un espectáculo en un teatro en el que a través de grandes cuadros se mostraba al público los episodios del naufragio en sus más escabrosos aspectos. Géricault quiso presentar al mundo, en cambio, el mensaje de una esperanza capaz de resistir a las mayores injusticias; no quería hacer una metáfora del pueblo derrotado, sino de la invencible dignidad de lo humano.

Géricault pintó una verdadera narración justa sobre la injusticia. No es una obra que cediera a la propaganda, sino que interpreta en profundidad la condición humana. No reduce a los sufrientes a su miseria, sino que es capaz de ver en ellos la potencialidad de sus anhelos que no se rinden hasta el final. Los rostros de los personajes dejan ver también la desesperación y las tristes modulaciones de tan terrible drama.

El futuro de Géricault cambió a partir de ese cuadro. Aunque murió apenas cinco años después, dedicó todo su tiempo y pasión a retratar a los excluidos

de la sociedad, tratando de dejar en herencia una serie de retratos que salvan del olvido a los que casi nadie parece recordar.

En cuanto a Savigny y Corrèard, vieron restaurado su honor tras el juicio, aunque a esas alturas ya se habían convertido en personas críticas con el régimen y participaron en las revueltas liberales que iban a sembrar todo el siglo francés. Publicaron un libro con su testimonio sobre el naufragio y fundaron una editorial que, como no podía ser de otra manera, tuvo por nombre La Balsa de la Medusa.

Fuentes

Los últimos cinco años han sido testigos de un renovado interés por el naufragio de La Medusa y sus significados. La fuente principal ha sido, desde el comienzo, el testimonio de dos de los supervivientes, promotores, además, de la editorial francesa La Balsa de la Medusa, Henry Savigny y Alexandre Corrèard quienes, en 1818, publicaron en francés *Narrative of a voyage to Senegal in 1816*. Hay versiones accesibles gratuitamente en distintas plataformas de Internet como Gutenberg. En los últimos años hemos asistido a la publicación de varias obras de historia novelada. En español, nos encontramos el libro de Carlos Calvera (2005) *El naufragio de La Medusa* (publicado por Abraxas en Barcelona). Traducido del inglés hallamos la novela de Arabella Edge (2005) *El naufragio de La Medusa* (Edhasa, Barcelona, 2008). Acabado de publicarse en España en 2008, es un relato novelado del naufragio de La Medusa y de cómo Géricault compuso su célebre lienzo. Todavía en inglés, están el libro de Jonathan Miles (2008), *The Wreck of the Medusa: The Most Famous Sea Disaster of the Nineteenth Century* (publicado por Grove Press en Nueva York) y el libro de Alexander McKee (2007) *Wreck of the Medusa: Mutiny, Murder and survival on the High Seas* (editado por Skyhorse Publishing). Pero la fuente historiográfica más completa existente hasta la época ha sido puesta a disposición de los lectores en 2006 por Michel Hanniet, quien con su obra, *Le Naufrage de La Méduse, paroles de rescapés* (publicada en francés por Éditions Ancre de Marine) ha sacado a la luz testimonios inéditos de los supervivientes y ha revisado la versión dominante que Savigny y Corrèard transmitieron a la opinión pública.